

El hombre, decís, no tiene allí una gravedad pesada, ni es propenso a exaltarse a cada instante, pero tiene buen juicio, es sagaz, agudo, activo, y está dispuesto siempre a hablar irónicamente; en fin, agregáis, el primor, la moderación, la alegría, el arte y la elegancia del siglo XVII, elementos fueron todos ellos que concurrieron a darnos un La Fontaine. Ese es vuestro sistema; comarca, raza, época; y el conjunto de esos tres caracteres fundido en un tipo predilecto.

Si no estamos dispuestos a concederos que para tener un La Fontaine basta llevar un selecto hijo de Champaña a Versalles y hacerlo vivir en los tiempos de Luis XIV, cuán inclinados estamos, por otra parte, a aplaudiros cuando, después de haber clasificado metódicamente su obra, en lo que no pensó el buen hombre, exclamáis:

«La Fontaine es nuestro Homero. Hombres, dioses, animales, paisajes, la naturaleza entera y la sociedad de aquel tiempo, todo eso está contenido en ese librito.—Allí hay campesinos y a su lado reyes; junto a las aldeanas, grandes se-